

Tertuliano

A LAS NACIONES

LIBRO SEGUNDO

1. Tres capítulos de discordia indignos de la divinidad

1. Ahora nuestra defensa, pobres paganos, desea enfrentarse con vosotros acerca de vuestras divinidades, provocando a vuestra conciencia a considerar si realmente son dioses, como lo queréis, o falsamente, como no queréis reconocer. 2. Pues esta materia es propia del error humano —así lo dispuso el Creador—, para que no se olvide la ignorancia que produce el error y estéis más en la realidad. 3. ¡Los ojos están abiertos, pero no ven; los oídos atentos, mas no oyen; el corazón se sorprende saltando; no sabe el ánimo lo que conoce!¹. 4. En definitiva, si fuera lícito rechazar tanta perversidad vuestra con una sola acusación, la denuncia² sería inmediata: puesto que no negáis que todos estos dioses han sido creados por los hombres, es imposible que creáis en la verdadera divinidad, ya que nada de lo que ha tenido comienzo puede ser razonablemente considerado como divino. 5. Sin embargo, hay muchas ocasiones en las que la delicadeza de conciencia se endurece hasta convertirse en la callosidad del error voluntario. ¡La verdad es

atacada con una gran cantidad de recursos, pero ella está segura de su valor! 6. Pues ¿qué? [La verdad] toma para sí como socios y protectores de entre sus propios adversarios a quienes quiere y vence toda aquella caterva de oponentes.

7. Así pues, nuestra invectiva se dirige contra estas cosas: contra las instituciones de nuestros mayores, contra las autoridades que las han aceptado, contra las leyes de los que dominan, contra los argumentos de los prudentes; contra la antigüedad, la costumbre y la necesidad; contra los ejemplos, prodigios y milagros que han corroborado esta divinidad falsa. 8. Por esta razón, siguiendo punto por punto los relatos que habéis recibido por tradición sobre todos los géneros de la teología³, puesto que entre vosotros la autoridad de las letras es mayor que la de los hechos, he elegido como resumen la obra de Varrón *Sobre las cosas divinas*, que escribió retomando todos los compendios anteriores, pues nos ha parecido objeto idóneo.

9. Si se preguntara a Varrón quiénes son los inventores de los dioses, diría que los filósofos, los pueblos o los poetas, 10. pues distinguió los orígenes de los dioses en tres géneros: el primero es el físico, que tratan los filósofos; el segundo, mítico, que se emplea entre los poetas; el tercero es el nacional, que se adjudicó a sí mismo⁴ cada uno de los pueblos. 11. Así pues, si los filósofos establecieron el origen físico por conjeturas, los poetas sacaron el mítico de las fábulas, y los pueblos presumieron del nacional, ¿dónde hay

que poner la verdad? 12. ¿En las conjeturas? Incierto origen. ¿En las adopciones? Mediocre adopción. ¿En las fábulas? Fea relación⁵. 13. Así pues, entre los filósofos, todo es incierto por ser tan variado; entre los poetas, todo es indigno por ser torpe; entre los pueblos, todo se soporta por ser voluntario. 14. Es más, la divinidad, si la consideras verdadera, es de un carácter tan definido que ni se puede ligar a argumentaciones inciertas, ni se puede contaminar con fábulas indignas, ni se puede considerar fruto de meras adopciones, fruto de la pasión; se debe tener tal como es, cierta, íntegra, común, es decir, que la divinidad pertenece a todas estas realidades. 15. Por lo demás, ¿a qué dios creeré? ¿Al que juzgó cierta la sospecha, al que pretendió una historia, o al que quiso la ciudad? ¡Mucho más digno sería no creer en ninguno, que en uno sujeto a duda, vergüenza o adopción!

2. Lo que han pensado sobre la divinidad distintos personajes eximios de la antigüedad

1. Sin embargo, la autoridad de los filósofos como poseedores de la sabiduría se basa en la argumentación física. ¡Qué admirable es la sabiduría de los filósofos, cuya inseguridad atestiguan las variadas opiniones que proceden de la ignorancia de la verdad! 2. ¿Qué sabio hay, qué experto de la verdad que ignore que el padre y señor de su sabiduría y su verdad es Dios? 3. Pues se encuentra en otro lugar aquella afirmación de Salomón sobre la divinidad, que dice: *El comienzo de la sabiduría es el temor de Dios*⁶. 4. A su vez, el origen del temor

es el conocimiento: pues ¿quién teme lo que ignora? Quien temiera a Dios, aunque fuese la cosa más desconocida de todas⁷, alcanzando a Dios, plena verdad y ciencia de todas las cosas, obtendría la plena y perfecta sabiduría. 5. Mas esto no se sigue de inmediato de la filosofía. Aunque por la curiosidad de inspeccionar la literatura de todo género pueda parecer que han hecho alguna incursión también en las divinas Escrituras –ya que son las más antiguas–, y de allí han arrancado alguna verdad, aunque otras las desprecien, prueban de este modo o que no han despreciado todo o que no han creído en todo –pues por otra parte la simplicidad de la verdad duda cuando se busca humanamente la fe–, y así, creciendo el deseo de propia gloria, han cambiado los escritos según su propio modo de pensar; 6. por eso incluso lo que habían descubierto pasa a ser incierto y se ha originado una inundación de argumentaciones a partir de una o dos gotas de verdad.

7. Después de encontrar al Dios único no lo expusieron como lo encontraron, sino que discuten acerca de sus cualidades, su naturaleza e incluso de la sede que ostenta: 8. los platónicos afirman que se ocupa de todas las cosas, de las que es árbitro y juez; los epicúreos que está ocioso e inactivo y, por así decir, no es nadie; los estoicos opinan que está fuera del mundo, los platónicos que está dentro de él⁸. 9. En realidad, al que no habían admitido, no lo pudieron conocer ni temer, ni por tanto comprender, extraviándose del comienzo de la sabiduría, es decir, del temor de Dios⁹.

10. Hay testimonios entre los filósofos tanto del desconocimiento como de la duda sobre la divinidad. Consultado una vez Diógenes sobre lo que sucede en los cielos, respondió: «Nunca he subido allí». Y, en otra ocasión, sobre si existían los dioses, contestó: «No sé sino que conviene que existan». 11. Tales de Mileto, a Creso que le preguntaba qué pensaba de los dioses, después de pensar un rato, respondió: «Nada». 12. El mismo Sócrates negaba estos dioses con casi total certeza; y con la misma certeza ordenaba sacrificar una gallina a Esculapio¹⁰. 13. Y, por tanto, puesto que se descubre que la filosofía es tan incierta e insegura cuando define algo acerca de Dios, ¿qué temor pudo tener de Aquel a quien no consideraba necesario admitir abiertamente?

14. Hemos oído decir que los dioses son del mundo¹¹. De aquí toman el género físico de la teología los que transfirieron los elementos primordiales¹² a los dioses, como Dionisio el Estoico, quien divide los dioses en tres especies: una es la que se ve directamente, como la del sol, la luna¹³...; otra la que no aparece, como la de Neptuno¹⁴; la tercera la que se dice que ha pasado de los hombres a la divinidad,

como Hércules¹⁵ y Anfiarao¹⁶. 15. De la misma manera Arcesilao¹⁷ sostiene una triple forma de la divinidad, los olímpicos, los astros y los titanes, hijos de Cielo y Tierra; de éstos son Saturno y Opis, Neptuno, Júpiter y el Orco y el resto de la lista. 16. Xenócrates¹⁸ el académico, sostiene una doble forma: los olímpicos y los titánicos, que proceden del Cielo y de la Tierra. 17. La mayoría de los egipcios cree en cuatro dioses: el sol, la luna, el cielo y la tierra. 18. Demócrito¹⁹ tiene la sospecha de que los dioses han surgido con todo el fuego celeste, y Zenón²⁰ opina que tienen su misma naturaleza. 19. De ahí que Varrón haga del fuego el alma del mundo, y el fuego lo gobierne todo en el mundo como el alma en nosotros²¹. 20. Pero esto es una simpleza. Dice que cuando él está en nosotros, existimos; cuando sale, morimos. Así, cuando el fuego sale del mundo con un rayo, el mundo muere.

3. Los elementos primordiales que constituyen las realidades materiales, ni son dioses ni pueden generar la divinidad

1. Una vez discutidas estas cosas, consideramos el hecho de que la interpretación física sostiene que los elementos primordiales son dioses, puesto que alega que de éstos también han nacido otros dioses; y los dioses no pueden nacer sino de otros dioses. 2. A éstos los examinaremos más adelante en profundidad en su lugar, el mítico, conforme a los poetas. Sin embargo, puesto que mientras tanto hemos de tratar sobre ellos, por lo que respecta al estado presente, a la vez que tratamos sobre su estado actual, mostraremos que no pueden considerarse dioses de ningún modo los que se dice que han nacido de los elementos primordiales, pues, como ya se ha juzgado anteriormente, los dioses no son elementos, dado que los que se dice que han nacido de los elementos primordiales no son dioses²². 3. Igualmente, demostrando que los elementos primordiales no son dioses, defendemos que, con respecto a la condición de los hijos, no se pueda afirmar que sean dioses por propio derecho, puesto que sus padres, es decir los elementos primordiales, no son dioses.

4. Sabemos que un dios nace de un dios, como de uno que no es dios un «no-dios». Así pues, por el hecho de que este mundo contiene elementos primordiales (por tratar sumariamente sobre el universo, juzgando sobre sus partes, pues según sea su condición así será también la de sus elementos, que son como sus miembros), es necesario o que haya sido creado por otro, conforme a la visión más hu-

mana de Platón, o por ninguno, según la más dura de Epicuro; y si ha sido creado, teniendo un principio tendrá también un fin. 5. Así pues, lo que alguna vez no fue, antes de su comienzo, y alguna vez no será, después de su fin, no se entiende que se considere dios, pues carece de la sustancia de la divinidad, es decir, la eternidad, la cual se considera sin comienzo ni fin. 6. Pero si no ha sido creado de ninguna de las maneras, y por eso ha de ser considerado como un dios, el cual, siendo dios, no admite ni principio ni fin, ¿cómo es posible que algunos asignen a los elementos primordiales lo que se reserva a los dioses, la generación, si los estoicos niegan que pueda nacer algo de un dios²³? Es más, ¿cómo quieren que sean tenidos por dioses, los mismos que dicen que han nacido de los elementos primordiales, si niegan que la divinidad nazca? 7. Así pues, todo lo que pertenece al mundo se refiere por eso a los elementos primordiales, es decir al cielo, a la tierra, a los astros y al fuego, que son dioses y padres de dioses, conforme a lo que en vano os enseñó a creer Varrón y aquellos que enseñaron a Varrón²⁴, contra su propia negación de que los dioses engendran y nacen, indicando que el cielo y los astros son seres animados²⁵.

8. Si esto es así, también es necesario que sean mortales, según la norma de los seres animados; pues aunque consta que el alma es inmortal, esta característica sólo le afecta a ella, y no a aquello a lo que se une, es decir, al cuerpo. 9. Nadie negará que el cuerpo consta de elementos pri-

mordiales, pues los tocamos y ellos nos tocan²⁶, y vemos que algunos cuerpos se desprenden de éstos. 10. Así pues, si los seres vivos son mortales, dejada aparte la argumentación del alma²⁷ por la cual es así la condición de los cuerpos²⁸, entonces no son dioses.

11. Y por tanto, ¿por qué a Varrón los elementos primordiales le parecen seres vivos? Porque se mueven²⁹, dice. Y para que no se oponga el argumento de que hay otras muchas cosas que se mueven, como las ruedas, los carros, las carretas y otras máquinas, previene diciendo que [aquellos] son considerados seres vivos precisamente porque parece que se mueven por sí mismos, sin la intervención de un motor externo o impulsor, como se ve en quien hace

girar una rueda, empuja una carretilla o conduce una máquina. Así pues, a no ser que sean seres vivos, no se mueven por sí mismos.

12. De esta manera, mencionando lo que no aparece, designa³⁰ lo que se debería haber buscado, esto es, el artífice y moderador del movimiento; pues no creemos que algo no exista por el mero hecho de que no lo veamos. 13. Al contrario, hay que investigar más profundamente lo que no se ve, para que podamos saber mejor cómo es lo que se ve. 14. Por otro lado, si se cree que existen sólo las cosas que se ven, por el hecho de verse, ¿cómo admitís también la existencia de aquellos dioses que no se ven? 15. Si parecen existir los que no son, ¿por qué no van a ser los que no lo parecen? Por ejemplo el motor de los seres celestiales. 16. Existen, pues, los seres vivos porque se mueven por sí mismos; es más: se mueven por sí mismos porque no se mueven por otro; sin embargo, igual que no son dioses por el hecho de ser seres vivos, tampoco lo son por moverse a sí mismos. Pues ¿qué impediría considerar dioses a todos los seres vivos, por el hecho de moverse a sí mismos? Esto sólo lo creen los egipcios como una incongruencia propia³¹.

4. *La divinidad no tiene nada que ver con el movimiento. Las realidades divinas trascienden las terrenas, pero no les son totalmente ajenas*

1. Dicen algunos que se les llama dioses porque *theein*, es decir, *hiesthai*, es la traducción de «correr» y de «mo-

verse»³². Así pues, este vocablo no es propio de la majestad de alguno, sino que se formó a partir de la actividad y el movimiento, no del dominio de la potestad de éstos. 2. Pues dado que también aquel Dios, al que nosotros adoramos, se llama *theós* pero no se manifiesta su movimiento o actividad, pues no es visible para nadie, es evidente que esta palabra ha sido tomada de otra cosa y después fue considerada propia de la divinidad, pues ésta es por sí misma innata³³. 3. Así, desarticulada la astucia de su interpretación, es más verosímil que se llamen *theous*³⁴ no por la actividad y el movimiento, sino por haberlo tomado en préstamo del nombre del verdadero Dios, de modo que a los que os forjasteis como dioses los llamaseis *theous*. 4. Por último, que esto sea así lo prueba el hecho de que llaméis *theous* normalmente a todos vuestros dioses, en los que no se aprecia el más mínimo movimiento o actividad. 5. De este modo, si es lo mismo *theous* que «inmóviles», se pierden a la vez la precedente interpretación del vocablo, junto con la noción de divinidad, la cual, bien entendida, se aleja del movimiento y la actividad. 6. Porque si este nombre es propio de la divinidad y simple y no es negado en este Dios como una apropiación³⁵, con respecto a las demás cosas que os parecen trasladadas a los dioses, considerad también que entre

ellos hay un consorcio de cualidad, de modo que por derecho propio hay una comunidad de nombre debido a la comunión de sustancia. 7. Es más, aquel *theós*, por el único motivo de no estar a la vista, sobrepuja a la comparación con aquellos otros que están a la mano, a la vista y, en suma, al alcance de los sentidos. 8. Pues a los sentidos les basta la manifestación de la diversidad que media entre lo evidente y lo oculto: si estos elementos primordiales se presentan claramente a todos y, al contrario, a nadie le es patente la divinidad, ¿cómo puedes unir aquella parte que no ves a la que ves? 9. Y si no los puedes unir en los sentidos y en la razón, ¿por qué los unes en el vocablo, uniéndolos también así en la potestad? 10. También Zenón³⁶ separa la materia terrena de la divinidad, o dice que ésta pasa por aquella como la miel a través del panal³⁷. 11. Del mismo modo, la materia y Dios son dos palabras, dos realidades: conforme a la distinción de las palabras, también se deben separar las cosas, y la condición de la materia se desprende de la palabra. 12. Pues si la materia no es Dios, puesto que así lo establece la forma de nombrarla, ¿cómo es posible que lo que está en la materia, es decir los elementos primordiales, sean considerados dioses, si los miembros no pueden ser ajenos a su propio cuerpo?

13. Pero ¿qué hago yo razonando con argumentos fisiológicos? La mente debería haberse elevado del estado del mundo, y no haber descendido a las cosas inciertas. 14. La forma platónica para el mundo es la redonda. Otros sostienen –creo– que era cuadrado y con ángulos, pero como con un compás fue redondeado, pues es difícil creer que sea el único principio sin cabeza. 15. Epicuro, que había

dicho «lo que haya encima de nosotros no nos importa», una vez que deseó también él mirar al cielo, consideró el diámetro del sol del tamaño de un pie. Todavía se observaba la sobriedad incluso acerca de las cosas celestiales. 16. Más tarde, como recomienda la ambición, también el sol extendió su radio; así los peripatéticos declararon que su diámetro era mayor³⁸. 17. Ahora os pregunto ¿qué conoce el deseo de conjeturas? ¿Qué prueba, con tanta presunción en las afirmaciones, la inactividad de la enfermiza pedantería adornada con la artificialidad de un razonamiento? 18. Con razón Tales de Mileto³⁹, mientras examinaba todo el cielo y lo recorría con la vista, lamentablemente se cayó en un pozo y un egipcio, al que le dio risa, le dijo: «Sin mirar nada en la tierra, ¿piensas que vas a poder examinar el cielo?». 19. Así pues, se muestra su caída como figura de los filósofos, es decir, de aquellos que dirigen una estúpida atención a las cosas de la naturaleza, cuando deberían haberla dirigido más bien a su creador y gobernador, y no al vacío, como hacen.

5. El principio de causalidad muestra que los elementos primordiales no son la divinidad, sino que dependen de ella

1. ¿Por qué no nos pasamos un poco a la opinión más humana, que parece deducida del sentido común y la sim-

ple evidencia? 2. Varrón⁴⁰ se acuerda de ella y dice que se cree en la divinidad de los elementos primordiales porque no hay nada que sin su asistencia pueda nacer, alimentarse y crecer con el fin de la conservación de la vida humana; 3. pues ni siquiera los cuerpos o las almas se bastarían solos sin la mezcla de los elementos, con la cual se dan las condiciones de habitabilidad de este mundo, a no ser donde el extremo frío o calor impida la residencia a los humanos. 4. Precisamente por estas razones se ha creído que son dioses tanto el sol, que irradia la luz del día, madura los frutos con su calor y beneficia al año con sus estaciones; como la luna, solaz de las noches y patrón de misuraciones⁴¹ para los timoneles; 5. de la misma manera las estrellas, en cierto modo señales de los ciclos de las labores del campo; e incluso el mismo cielo, bajo el que están todas las cosas, y la tierra, sobre la que están todas las cosas, y cualquier otra cosa de aquellas que estén de acuerdo entre sí en favor de la conveniencia humana. 6. Pero la fe en la divinidad de los elementos no sólo procede de los beneficios, sino también de las adversidades que, como la ira y la ofensa, suelen acompañarlos: los rayos, el granizo, la sequía, los aires malos, y también los diluvios y los desprendimientos de tierra y terremotos; 7. y con razón se les ha de creer dioses, pues su naturaleza se debe honrar en los asuntos favorables y se debe temer en los adversos, como potencia que ayuda y castiga.

8. Es más, aunque estas cosas sean las que se sienten en el trato común, está claro que no se dan las gracias o se dirigen quejas a las cosas que ayudan o perjudican, sino a aquellos bajo cuya potestad y mando suceden estas cosas.

9. Pues incluso en los entretenimientos no adjudicáis la corona del premio a la flauta o la cítara, sino al artista que las maneja con armonía. 10. Igualmente cuando alguien se encuentra enfermo, no dais las gracias a las vendas, antídotos o ungüentos, sino a los médicos, por cuyo esfuerzo y sabiduría se alcanza el remedio. 11. Lo mismo en las cosas adversas: los heridos por arma blanca no acusan al puñal o la lanza, sino al enemigo o al ladrón, y aquellos a quienes les sorprende un hundimiento, no lo recriminan a las tejas o a las vigas, sino a la vejez del edificio, como tampoco se reprocha el naufragio a las rocas y a las olas, sino a la tempestad. 12. Y no sucede esto sin razón, pues se hace bien en atribuir lo que sucede no a aquello por medio de lo cual sucede, sino a aquello por causa de lo cual acontece, porque éste es el origen del obrar, el cual ha decidido el qué y el por qué medio (pues hay en todos los hechos estos tres elementos: lo que sucede, el medio por el que sucede y la causa por la que sucede), pues son primero quien quiere que se haga algo y aquello que puede causar algo. 13. Y de esta manera en otras cosas obráis rectamente considerando quién es el autor, pero en cuestiones físicas os apartáis, por el contrario, de la naturaleza de vuestra propia regla, la misma que juzgáis como prudente en otros asuntos, disminuyendo la máxima dignidad del autor, dándosela a las cosas creadas y no a aquel de quien proceden.

14. Así sucede que algunos otorgan poder y capacidad de decisión a los elementos fundamentales, mientras que en realidad sólo son esclavos y siervos. Nosotros, en esta investigación de algún artífice interior y señor, defendemos la esclavitud de los elementos primordiales por sus obras, al revés que vosotros que los convertís en potencias. 15. Pero los dioses no son esclavos; por tanto quienes sirven no son dioses. O bien, que enseñen al pueblo que es posible que la libertad se autorice por el consenti-

miento de la pasividad, el dominio por la libertad, y que por dominio se entienda la divinidad⁴². 16. Pues si todos los astros se acuerdan de avanzar sobre nosotros por determinados circuitos, legítimos cursos, apropiados espacios, cadencias bien medidas y como bajo la orden de una ley mantienen la sucesión de los tiempos y su ordenación, 17. ¿acaso no os persuadirán, por la misma observación de sus condiciones y la fidelidad de sus movimientos y la rapidez de sus órbitas y el cuidado de los cambios y la memoria de las alteraciones de que alguna autoridad los debe presidir, la cual tiene que gobernar toda la organización del mundo, llegando a prever su utilidad para el género humano y sus posibles daños? 18. No puedes decir que estos elementos obran para sí solos y se cuidan de sí mismos y no se preocupan absolutamente de los hombres, puesto que defiendes la divinidad de los elementos, y siéntes que éstos te ayudan o te estorban; pues si obran solamente para sí, nada les debes.

6. *La divinidad está por encima de todas las cosas y las gobierna*

1. Veamos entonces. ¿No concederéis que la divinidad no sólo no se mueve servilmente, sino que, en primer lugar, permanece íntegra y que, además, no debe ni disminuir, ni cesar, ni corromperse? Además, perdería toda su felicidad, si alguna vez sufriera alguna alteración. 2. He aquí que los

astros decaen⁴³ y dan pruebas de que es así; incluso la luna confiesa lo que ha perdido cuando crece de nuevo⁴⁴. 3. Soléis considerar sus más grandes novilunios en el espejo del agua⁴⁵, sin dar ningún crédito a lo que los magos conocen. El mismo sol con frecuencia está tentado de desaparecer⁴⁶. 4. Forjad las razones que queráis para la caída de los astros, pero un dios no quiere ni disminuir ni dejar de ser. ¡Allá las escuelas de pensamiento humano que falsifican la verdad y la ciencia con la artimaña de la ficción! 5. ¿Acaso no es lo natural que el que habla mejor, éste parece haber hablado con más verdad? Y, sin embargo, ¿no es mejor aquel que es más verdadero? 6. Por otro lado, quien examine el asunto dirá que es más verosímil que los elementos primordiales sean gobernados por otro, que ser regidos por sí mismos. Por tanto, no son dioses las cosas que están sometidas a alguien. 7. Mas si en esto nos equivocamos, más vale que sea por simpleza que por diligencia, como los físicos. Aunque, si atiendes a la mitología, mejor es el error de los mortales⁴⁷ en lo físico, atribuyendo la divinidad a aquellas cosas que se sienten por encima del hombre en cuanto a lugar, fuerza, tamaño y eternidad: lo que está por encima del hombre debes juzgarlo próximo a Dios.

7. Por obra de los poetas y sus licencias, los dioses han cometido las mismas torpezas que los hombres

1. Por lo demás, pasemos al género mitológico, que se atribuye a los poetas: no sé si lo igualan sólo a nuestra mediocridad o lo sacan de los testimonios de la misma divinidad, como el africano Mopso y el beocio Anfiarao⁴⁸. Dejemos este aspecto por ahora, cuya razón se explicará en su lugar. 2. Entre tanto, diremos que éstos fueron hombres ciertamente, o por lo menos está claro que no los llamáis siempre dioses, sino a veces también héroes. 3. ¿Por qué, pues, disputamos? Si la divinidad se les iba a conceder una vez muertos, es que no eran dioses ciertamente. 4. Vosotros, cuando infamáis al cielo, con exceso de presunción, en los sepulcros de vuestros reyes, ¿acaso no honráis con el solaz de una consagración de este mismo género a los que han sido probados por la justicia, el valor, la piedad y todo tipo de bien, conteniéndoo, en favor de los tales, sin burlaros de ellos perjurando? 5. Y al contrario a los impíos y torpes ¿no les quitáis los anteriores premios de la gloria humana, y abolís sus decretos y títulos, retiráis sus estatuas y volvéis a fundir sus monedas? 6. Aquel que lo ve todo, que lo comprueba todo, es más, el creador de los bienes, ¿prostituirá palpablemente la disposición de su enorme benevolencia? ¿Será posible entonces que los hombres tengan más diligencia y justicia en la distribución de las dignidades? ¿Serán más puros los servidores de reyes y príncipes que los supremos dioses? 7. ¿No tenéis, más bien, horror y despreciáis a los vagos, desterrados, enfermos, débiles, de baja estirpe, educados poco honrosamente; e igualmente se pro-

claman leyes contra los incestuosos, adúlteros, raptos, parricidas? ¿Hay que reír o más bien enojarse al creer en dioses de tal calaña como ni los hombres siquiera deben ser?

8. Pero en este género mítico que enuncian los poetas, ¿qué inciertamente obráis con respecto al pudor de la conciencia y a la defensa de éste! 9. Pues cada vez que demostramos alguna acción miserable, torpe o atroz de los dioses, la defendéis como si fuese una invención fabulosa, con la excusa de que es una licencia poética; 10. y cada vez que se silencia algo en relación con este modo de actuar, no sólo no lo llamáis poesía, sino que honráis a ésta, es más, incluso la tenéis entre las artes necesarias: en definitiva, a través de este inicio a la literatura lleváis a cabo la educación de las clases altas.

11. Platón pensó en eliminar a los poetas como enemigos de los dioses, e incluso habría decretado la expulsión de la ciudad del mismísimo Homero, coronado como rey de los poetas. 12. Mas si admitís y aceptáis a éstos, ¿por qué no creéis a los que cuentan tales cosas de vuestros dioses? 13. Si creéis a los poetas, ¿por qué adoráis a unos dioses así? Y si los adoráis porque no creéis a los poetas, entonces ¿por qué alabáis a los mentirosos y no os preocupáis de ofender a aquellos cuyos oponentes honráis? En definitiva, no hay que exigir fidelidad a los poetas. 14. ¿Acaso no confesáis que fueron hombres antes de la muerte los que decís que son dioses después de ella? ¿Qué me importa si los que fueron hombres se manchan de caídas humanas o crímenes o fábulas? 15. ¿No creéis a los poetas cuando de sus narraciones extraéis algunas ceremonias sagradas? ¿Por qué se rapta a una sacerdotisa de Ceres, si nada de lo que cuentan le sucedió a ella misma⁴⁹? ¿Por qué

se sacrifican a Saturno hijos ajenos, si él sustrajo a los propios⁵⁰? 16. ¿Por qué se mutila a un varón en honor de la diosa del Ida⁵¹, si no se castró a ningún adolescente audaz para compensar el dolor de ésta, que fue engañada por el deseo? 17. ¿Por qué a las mujeres de Lanuvio no les agrada el banquete sagrado de Hércules, si no es porque éste murió a causa de las mujeres⁵²? 18. Mienten ciertamente los poetas, mas no tanto porque afirmen que los dioses hayan hecho esas cosas, o sean únicamente hombres los que de ellas se abstienen, o porque atribuyan a la divinidad fealdades indignas de ella, cuanto porque os ha parecido más creíble que existan los dioses, pero no tal como os los describen, pues así no son los dioses.

8. Las divinidades entre los pueblos de África y sus características

1. Nos queda todavía aquel género pagano de dioses entre los pueblos, de quienes nos informan noticias privadas, que no fueron elegidos por la necesidad de la verdad, sino por el mero gusto. 2. Considero que Dios es conocido en todas partes, omnipresente, omnipotente, a quien todos deben adorar, con quien todos deben congraciarse. 3. Sin embargo, cuando incluso aquellos a los que todo el orbe adora en conjunto pierden el reconocimiento de verdadera divinidad, ¡cuánto más estos a los que ni siquiera sus propios conciudadanos reconocieron! 4. Pues ¿qué autori-

dad puede sostener una teología que ni siquiera es conocida? 5. ¿Cuántos son los que han conocido de vista o de oído a la Atargatis⁵³ de los sirios, a la Celeste⁵⁴ de los africanos, a la Varsutina⁵⁵ de los mauritanos, a Obodan y Dúsar⁵⁶ de los árabes o a Belena de los nóricos⁵⁷? 6. O los que nombra Varrón⁵⁸: Delventino de los casinienses, Visidiano de los narnienses, Numiterno de los atenienses⁵⁹, Ancaria⁶⁰ de los asculanos⁶¹, y aquella que algunos prefieren, Norcia⁶² de los vulsinienses⁶³; ni siquiera la dignidad de sus nombres dista mucho de los sobrenombres⁶⁴ humanos? 7. También me río con gusto de los dioses decuriones⁶⁵, de cada municipio⁶⁶, a quienes se rinde honor dentro de los propios muros.

8. Hasta qué extremo ha llegado esta libertad de adoptar dioses lo muestran las supersticiones de los egipcios, quienes también dan culto a los animales domésticos: ibis, cocodrilos y la serpiente. 9. Es de poca importancia si también han divinizado a un hombre, no digo ya aquel que adoran en Egipto o Grecia, sino en todo el orbe y al que los africanos juran; de este hecho, por lo que se puede deducir, dan cuenta también nuestras propias Escrituras, conforme parece verosímil. 10. Pues el mismo Serapis anteriormente fue llamado José, de la estirpe de los santos⁶⁷; fue el más joven entre sus hermanos, pero de mayor dignidad, vendido a causa de la envidia por sus mismos hermanos en Egipto, para que fuera esclavo en la familia del faraón, rey de los egipcios. 11. Pero la poco púdica reina⁶⁸ lo deseó y, puesto que él no cedía a sus requerimientos, en contrapartida lo delató y el rey lo envió a la prisión. 12. Allí demostró a algunos que interpretaba los sueños sin equivocarse, por la fuerza de su propio espíritu. 13. Entre tanto también el rey tuvo unos sueños terribles: los que él había llamado⁶⁹ señalaron a José y entonces el faraón quiso exponerle su sueño, lo sacó de la cárcel y éste

interpretó el sueño al rey: 14. los siete bueyes gordos significaban una riqueza desbordante durante el mismo número de años; los otros siete muertos de hambre anunciaban la escasez de los siete siguientes; y advertía al rey que supiera almacenar recursos de la primera abundancia para la posterior escasez. 15. El rey le creyó: José siempre demostró saber la solución de los asuntos, y ser prudente y santo, y se mostró imprescindible; así pues, el faraón lo puso al frente del aprovisionamiento entero de Egipto y, después, de la administración.

16. A éste lo llamaron Serapis, por el adorno que llevaba en la cabeza; este adorno con forma de modio⁷⁰, representa el recuerdo de su obra de abastecimiento, y se identifica con el aprovisionamiento de frutos sobre la cabeza, pues las mismas espigas se ven en el borde. 17. Por eso también le pusieron bajo la diestra el perro que piensan que hay en los infiernos, porque tuvo sometida bajo su mando la multitud de los egipcios. 18. (Y a veces añaden también a Faria, cuyo nombre parece derivarse de «hija del faraón», pues éste, entre el resto de honores y regalos, le había dado a José en matrimonio a su hija⁷¹). 19. Mas, dado que habían adquirido la costumbre de adorar animales y hombres, compusieron las figuras de ambos en la de Anubis⁷², para que se pudieran ver las prebendas que su naturaleza y condición había consagrado: pueblo litigioso, opuesto a sus reyes, rechazado por los extraños, igual a los perros en gula y suciedad, merecedor también de su propia esclavitud.

9. ¿Por qué no todos los héroes han sido elevados a la dignidad divina? Contradicciones en la elección de dioses paganos

1. Hemos tratado hasta aquí las cosas más conocidas o importantes según la triple distinción de la entera divinidad, con el fin de que se pueda ver con facilidad nuestra respuesta a los géneros físico, poético y nacional. 2. Mas, puesto que no toda la superstición pertenece a los filósofos, poetas o pueblos, por quienes se ha transmitido, sino también a los gobernantes romanos, por los que se ha empleado y por los que ha adquirido una cierta autoridad, debemos pasar ahora a otra latitud del error humano: es más, hay que devastar la selva que por todas partes ha oscurecido la verdad, concibiendo las semillas de las supersticiones y los vicios.

3. Varrón dividió también en tres grupos a los dioses de los romanos: seguros, inciertos y predilectos. ¡Qué tonte-ría! ¿Qué necesidad tendrían de los inciertos, si ya tenían a los seguros? 4. A no ser que quisieran recibirlos con el mismo contrasentido ático, pues en Atenas hay un altar con la inscripción: «A los dioses desconocidos». ¿Quién adora lo que ignora? 5. Y si los tenían por seguros, deberían estar satisfechos y no desear la predilección por ninguno, en lo cual también se muestran irreligiosos: si los dioses se eligen como si fueran cebollas, los no elegidos resultan desprec- ciados.

6. También nosotros reconocemos dos tipos de dioses de los romanos: comunes y propios, esto es, los que tienen en común con todos y los que se reservan para sí mismos.

7. Y ¿acaso a éstos se les llama públicos y advenedizos⁷³?

Esto demuestran sus altares, los de los advenedizos en el área del templo de Carna⁷⁴, los de los públicos en el Palatino⁷⁵. 8. Puesto que los dioses comunes están incluidos tanto en el género físico como en el mítico, de ellos ya se ha hablado bajo estos nombres.

9. Si parece bien, diremos ahora algo sobre los propios, sobre los romanos, pues es preciso que nos asombremos de aquel tercer género de dioses de los enemigos, puesto que ningún otro pueblo se ha buscado tanta superstición⁷⁶.

10. A los propios los dividimos en dos especies: unos han surgido de hombres, otros han sido concebidos en la imaginación. 11. Así pues, puesto que no les basta el mismo argumento de la consagración de los muertos, como si se debiera a los méritos de la propia vida, es preciso que nosotros oponamos la misma respuesta: tampoco ninguno de ellos fue de tanta importancia.

12. Creyeron que Eneas era de un padre humilde, jamás un glorioso militar, y además herido por una piedra⁷⁷. Por-

que, cuanto más vulgar y apta para un perro es el arma, tanto más innoble es la herida. Pero vemos que Eneas es traidor de su propia patria, tanto Eneas como Antenor⁷⁸. 13. Y si no quieren reconocer esto como verdadero, sí es cierto entonces que Eneas abandonó a sus compañeros en el incendio de la propia patria, y se ha de considerar inferior a aquella mujer cartaginesa que no acompañó a su marido Hasdrúbal⁷⁹, quien se rendía al enemigo por cobardía, en circunstancias parecidas a Eneas. Ella, llevándose a los hijos consigo, gustó de no pensar en su belleza ni en sus hijos⁸⁰ durante la fuga, y murió en el fuego en que ardía Cartago, como en un abrazo a la patria que en aquel mismo instante moría. 14. ¿Es piadoso⁸¹ Eneas, por poner a salvo a su único hijo y a su decrepito padre anciano, abandonan-

do, en cambio, a Príamo⁸² y Astianacte⁸³? ¿O quizá deben detestarlo los romanos, que por la salud de los emperadores y sus familias abjuran de sus hijos y mujeres y de todo bien propio? 15. Divinizan al hijo de Venus⁸⁴ y este hecho Vulcano lo tolera y Juno⁸⁵ lo concede. 16. Si los portadores de sus padres⁸⁶ tienen sede en el cielo, ¿por qué no son tenidos por dioses en cambio aquellos dos jóvenes argivos, que para que no cometiese un sacrilegio⁸⁷ transportaron a su madre uncidos como una yunta de animales de tiro⁸⁸, en un gesto sobrehumano? 17. ¿Por qué no llaman más bien diosa a aquella que es todavía más piadosa: la hija de un padre encarcelado, a quien ella alimentó con sus pechos?⁸⁹ 18. ¿Por qué es glorioso Eneas sino porque nunca estuvo presente en la guerra laurentina⁹⁰? Quizá porque de nuevo, según su costumbre, huyó de la batalla como desertor.

19. Igualmente Rómulo fue proclamado dios tras su muerte. Si lo fue porque fundó Roma ¿por qué no lo fueron otros fundadores de ciudades, incluso mujeres? Ciertamente Rómulo mató a su hermano y raptó con engaño las doncellas de otros⁹¹. Por eso es un dios, por eso se le llama Quirino, porque desde entonces se pide ayuda⁹² a los quirites por medio de él.

20. ¿Qué mereció Estiércol⁹³ para ser dios? Si fue diligente ayudando a los campos con sus estiércoles, más sabía Augias⁹⁴ sobre el abono. 21. Si Fauno⁹⁵, hijo de Pico, se agitaba ante el tribunal, cuando enloqueció, era preciso curarlo antes que divinizarlo. 22. Si la hija de Fauno destacaba por su castidad de modo que no se trataba con hombres, fuera por incultura, o por conciencia de alguna deformidad o por vergüenza de la locura paterna, ¡cuánto más digna que

la «buena diosa»⁹⁶ fue Penélope, que estando entre tantos amantes tan viles defendió tiernamente la castidad amenazada⁹⁷! 23. Hay también uno llamado Santo⁹⁸ por su hospitalidad, quien consiguió un templo que le otorgó el rey Plo-tio; pero también Ulises habría podido entregarnos al humanísimo Alcínoo⁹⁹ como un dios más.

10. *Los dioses son también ejemplo de lujuria*

1. Me apresuro a relatar cosas menos decentes. A vuestros escritores no les dio vergüenza hablar públicamente de Larentia¹⁰⁰. Esta prostituta fue de gran mérito, sea mientras fue la nodriza de Rómulo, y por eso era loba, porque era prostituta¹⁰¹, sea mientras fue amiga de Hércules, pues éste estaba ya muerto y, por tanto, era ya dios¹⁰². 2. Pues cuen-

tan que el guardián de su templo, estando una vez solo en el templo, jugaba con las piedrecillas¹⁰³ como si él mismo representara a su contrincante, pues no lo tenía, valiendo una mano por Hércules y la otra por sí mismo. 3. Apostó que, si vencía él, tomaría una cena y una prostituta de las limosnas de Hércules; si en cambio vencía Hércules, es decir, la otra mano, él se la ofrecería a Hércules. 4. Venció la mano de Hércules: ¡bien se podría haber añadido éste a los otros doce trabajos! 5. El guardián le ofreció la cena a Hércules y le llevó la prostituta Larentia; el fuego, que disuelve todo lo que se deposita sobre el ara, incluso el cuerpo del propio Hércules¹⁰⁴, devoró la cena. 6. Larentia durmió sola en el templo; esta mujer de lenocinio se entregó en sueños a Hércules y pudo soportar la visión mientras dormía. 7. A primera hora de la mañana, cuando salía del templo, un joven¹⁰⁵, el tercero al que llaman Hércules, la desea y la invita a ir consigo. 8. Ella acepta, acordándose de que Hércules le había dicho que esto sería para beneficio suyo, y él le pide que se unan en legítimo matrimonio (pues no es posible tener trato impunemente con la concubina de un dios) nombrando también a la mujer como heredera. 9. Así, después de la propia muerte, ella legó al pueblo romano un terreno bastante amplio que le había donado Hércules. Por eso pidió la divinidad también para sus hijas, a las que debió de nombrar herederas 10. la divina Larentina. Los númenes¹⁰⁶

de los romanos se vieron engrandecidos por la dignidad de ésta. Además, fue la única de entre todas las mujeres que quiso Hércules, la única rica, y muchísimo más feliz que Ceres, pues la quiso después de muerto.

11. Con tantos ejemplos y deseos del pueblo entero ¿quién pudo afirmar que ésta no era una diosa? ¿Quién puso en cuestión la divinidad de Antinoo¹⁰⁷? ¿Quién fue más bello que Ganímedes¹⁰⁸ o más querido por su amante¹⁰⁹?

12. Está abierto, según vosotros, el cielo a los muertos, y abríis incluso el paso de los infiernos hacia el cielo; por todas partes ascienden las prostitutas, para que no penséis que concedéis mucho a vuestros emperadores¹¹⁰.

11. Los dioses presiden todas las actividades del hombre desde que es concebido

1. Pero no contentos con afirmar que son dioses los que han visto precedentemente, y aun han oído y tocado, cuyas imágenes han sido representadas, sus hechos narrados y su memoria propagada, 2. sancionan como dioses ciertas sombras incorpóreas, sin alma, que obtienen insistentemente de los nombres de las cosas, dividiendo toda la vida del hombre en divinidades independientes desde la misma concepción en el útero. 3. De este modo hay un dios, Consevio, que domina la fecundación matrimonial, y otra llamada Flu-

viona, que nutre al niño en el útero¹¹¹; 4. después, Vitumno y Sentino, por los que el niño comienza a vivir y a sentir; luego Diespiter que conduce al infante¹¹² al parto. 5. Y está también Candelífera, porque antes se daba a luz iluminándose con candelas y otras divinidades que están al cuidado del parto. 6. Quisieron además que fuese patrocinio de Postversa aquel que nació boca abajo en el parto, y de Prorsa Carmenta el que nació boca arriba. 7. Al dios Farino se le llamó así por la respiración¹¹³, y a otro Locucio por el habla. Hay un ojo responsable de vigilar y que suministra la tranquilidad: Cunina. La educadora se llama Levana y también Runcina¹¹⁴. ¡Y me admiro de que los dioses no se hayan preocupado de limpiar las inmundicias de los niños! 8. Después vigilan la toma de alimentos y la bebida Potina y Edula¹¹⁵, y que el niño se mantenga en pie Estatina¹¹⁶. 9. Del caminar hacia el hogar Adeona y fuera de él Abeona¹¹⁷. También tienen como diosa a Domiduca¹¹⁸ y a la diosa Mente, que da las buenas ideas y también las

malas, y de la voluntad son dioses Volumnio y Voleta. 10. Tienen también a Paventina del pavor, de la esperanza Venilia, del placer Volupia, de la elegancia Presticia; igualmente del acto Peragenor, de los consejos Conso. 11. Juventa es la diosa de los nuevos togados¹¹⁹, y la Fortuna Barbada de los varones. 12. Si hablo de las nupcias, tenemos a Aferenda, por estar encargada de traer¹²⁰ la dote; ¡los hay hasta para el pudor! Mutuno¹²¹, Tutuno¹²² y la diosa Pertunda¹²³, Subigo¹²⁴ y Prema Madre. 13. Basta, dioses impúdicos: cuando litigan los esposos ninguno interviene; y aquellos que tendrían esta obligación enrojecen y se alegran desde fuera.

12. El origen de todas las divinidades es semejante al de Saturno. Su ejemplo las explica todas

1. Y ¿hasta dónde seguiré hablando de los dioses, puesto que se ha de tratar de quienes habéis admitido como tales? ¿Cuánto os avergonzaréis? ¿Tengo que reírme de esta tontería o demostrar vuestra ceguera? Es aún inseguro. 2. ¿De cuántos dioses hablaré y de cuáles? ¿De los mayores sólo o también de los menores? ¿De los antiguos nada más o también de los recientes? ¿De los varones únicamente o incluidas las féminas? ¿De los solteros o también de los legítimamente casados? ¿De los que trabajan o también de los que no actúan? ¿De los campesinos o también de los urbanos? ¿De los que tienen derecho de ciudadanía o también

de los extranjeros? 3. Todas las familias, todas las naciones buscan sus orígenes de buena fe, puesto que no los pueden conocer, distinguir y describir. 4. Pero cuanto más difundido esté el asunto, tanto más se les debe contener y, por tanto, los que en esta cuestión buscamos el único propósito de demostrar que todos ellos fueron hombres corrientes (no para que lo sepáis como de nuevas, sino porque ya casi os habéis olvidado), aceptamos la conclusión del mismo motivo por el que hay que despreciarlos: por negar el origen de su especie¹²⁵. 5. El origen de vuestros dioses, según parece, se atribuye a Saturno. Es el origen de toda la posteridad. Y si Varrón afirma que los dioses más antiguos son Júpiter, Juno y Minerva, no se nos debe escapar que todo padre es anterior a sus hijos, tanto Saturno con respecto a Júpiter, como Cielo con respecto a Saturno, pues éste nació de Cielo y Tierra¹²⁶.

6. Y, sin embargo, omito el origen de Cielo y Tierra; lógicamente fueron mucho tiempo célibes y solteros, antes que esposos y padres: ¡largo tiempo de crecimiento necesitaron para llegar a tanta altura! 7. Por fin, a la vez, comenzó en el Cielo a elevarse una potente voz y la fecundidad de la Tierra se afirmó, y se casaron: creo que el Cielo bajó a la esposa, o la Tierra subió al esposo. 8. Concibió la Tierra del Cielo y dio a luz el dios no divino¹²⁷ Saturno, en forma admirable: ¿a cuál de sus progenitores era semejante? 9. Pero aunque verdaderamente dio a luz, es seguro que antes de Saturno no habían procreado a ninguno, y después de Saturno sólo a Ops¹²⁸; por tanto, después cesó la fuente de procreación. 10. Saturno castró a Cielo mien-

tras dormía (hemos leído que Cielo era de sexo masculino, pues ¿cómo iba a ser padre si no era varón? 11. Pero ¿de dónde sacó la hoz para castrarlo, viviendo en aquel tiempo?). La Tierra, sin embargo, privada de hijos, fue rechazada, aunque aún era de joven edad, y otros la casaron. 12. Pero no tenía otro mejor que el Cielo. ¿Acaso no la abrazaba el Mar? Sí, pero olía a salado y la Tierra estaba acostumbrada al agua dulce¹²⁹.

13. Así Saturno era el único varón de Cielo y Tierra. Mas éste, creciendo, se unió a su hermana: aún no existían las leyes que prohíben el incesto, ni aquellas otras que castigan el parricidio. 14. Así pues, devoraba a sus hijos varones (¡mejor él que los lobos, si los hubiera expuesto!¹³⁰), pues temía que alguno de ellos tomase ejemplo del golpe de hoz a su padre. 15. Cuando nació Júpiter, que fue sustraído rápidamente, se comió una piedra en lugar de al niño¹³¹. Con esta estratagema estuvo seguro durante mucho tiempo, pero el hijo al que no había devorado le atacó tiempo después en la noche y quedó privado de su reino. 16. Por tanto a éste os lo procrearon Cielo y Tierra como patriarca de los dioses, actuando de comadronas los poetas.

17. A algunos les pareció conveniente interpretar en modo elegante lo dicho fisiológicamente, mediante la argumentación alegórica: que Saturno es el tiempo, y por eso los padres son Cielo y Tierra, los cuales no tienen origen, y Cielo fue castrado porque el tiempo todo lo destruye, y además devora a los suyos, ya que todas las cosas que origina las termina él mismo. Además dan también el testimonio de

su nombre, pues se le llama «Cronos» en griego, que es como «tiempo»¹³². 18. De la misma manera, los latinos hacen derivar el origen de la palabra de las siembras¹³³, y lo hacen creador, pues por él las simientes del cielo bajan a la tierra. 19. Y añaden a Ops¹³⁴, porque atribuyen la riqueza¹³⁵ a las semillas de la vida, como también porque las semillas se desarrollan con gran trabajo¹³⁶.

20. Te pido que me respondas, ¿cuál es la razón de esta trasposición? O fue Saturno o fue el tiempo. ¿Cómo fue Saturno, si era el tiempo? Si fue Saturno, ¿cómo pudo ser el tiempo? No puedes considerar ninguna de las dos cosas como corporal e incorpórea bajo el mismo aspecto. 21. ¿Qué impidió adorar al tiempo según su propia naturaleza, y no a través de las narraciones de los hombres; o interpretar la leyenda humana como tal, y no refiriéndola al tiempo? 22. ¿Qué pretende este razonamiento, sino disimular las materias torpes con argumentaciones falsas? 23. Ni quieres que Saturno sea tiempo, pues lo llamas hombre, ni quieres que sea humano, cuando lo haces tiempo. 24. En cualquier caso, en las viejas narraciones se considera a Saturno, en la tierra, de naturaleza humana. Puede representarse incorpóreamente lo que se quiere que no haya existido en absoluto¹³⁷; pero falta un lugar para representar el espacio de la verdad. 25. Puesto que consta que Saturno vivió, en vano cambiáis las cosas: no se os permitirá negar que aquel, a quien no ne-

garéis que ha vivido, haya sido hombre, pues no se puede defender ni como dios ni como tiempo.

26. Sale por todas partes entre vuestros escritos el origen de Saturno. Lo podemos leer en Casio Severo¹³⁸, en Cornelio Nepote¹³⁹ y Tácito¹⁴⁰, entre los griegos también en Diodoro¹⁴¹, o cualesquiera otros que recogieron los cantos¹⁴² de la antigüedad. 27. Y no hay vestigios suyos más fieles que los que se han impreso en la misma Italia. Pues, tras recorrer muchas tierras y el Ática, se asentó en sus hospedajes de Italia o, como entonces se llamaba, de Enotria, acogido por Jano o Jane, como le llaman los salios. 28. El monte en que había vivido fue llamado Saturnio, la ciudad que había delimitado se sigue llamando hoy día Saturnia; toda Italia se llamaba con el nombre de Saturno¹⁴³. 29. Siendo testigo de tal cosa la tierra que hoy domina el orbe, aunque se duda del origen de Saturno, consta, sin embargo a partir de sus hechos, que fue un hombre.

30. Así pues, si fue hombre Saturno, lejos de nosotros cualquier duda sobre su humanidad; es más, puesto que era hombre, no era hijo de Cielo y Tierra, sino que tuvo unos padres desconocidos, por lo que fue fácil decir que era hijo de aquellos de quienes todos podemos parecerlo. 31. ¿Quién no llamará padre y madre al Cielo y la Tierra por razón de la veneración que se les debe? ¿O acaso lo fue por aquella

costumbre humana según la cual los desconocidos, que se presentan inesperadamente, se dice que han llovido del cielo? 32. Por tanto Saturno, siendo extranjero, repentinamente se dijo en todas partes que había crecido como ser celestial; pues en el pueblo llano decimos que son hijos de la tierra los de origen incierto. 33. Nada añadido sobre las creencias de la antigüedad, pues eran tan rudos los ojos y mentes de los hombres que con ver a cualquier hombre nuevo lo tomaban casi por divino, y con mayor razón al rey, y por supuesto al que lo fue primero¹⁴⁴.

34. Todavía me voy a entretener un poco con Saturno, para hacer un compendio de todos los demás, saciando nuestra sed de discusión sobre los orígenes, y no me voy a olvidar de los más valiosos testimonios de la Sagrada Escritura, a la cual se debe confianza por su mayor antigüedad. 35. Pues la Sibila¹⁴⁵ es anterior al resto de toda vuestra literatura, quiero decir aquella Sibila, verdadera profetisa¹⁴⁶ de la verdad, de cuya palabra revestisteis a los poetas de los demonios. 36. En este sentido, ella habla, en versos senarios¹⁴⁷, sobre la estirpe de Saturno y sus gestas y dice: «En la décima generación de hombres, desde que sucediera el cataclis-

mo de los primeros tiempos, reinaron Saturno, Titán y Jápeto, hijos fortísimos de Cielo y Tierra». 37. Si subsiste alguna confianza sea en vuestros autores, sea en vuestras obras literarias antiguas, aunque precisamente por eso más próximas, porque son de aquella edad, entonces queda probado suficientemente que Saturno y su stirpe fueron hombres. 38. Proponemos un resumen para los demás, como descripción de su origen, para no vagar sin rumbo de uno en uno. La cualidad de la descendencia se muestra por los orígenes de su linaje: las cosas mortales proceden de las mortales, las terrenas de las terrenas. 39. Se pueden comparar paso a paso [con los ya mencionados], pues coinciden en bodas, concepciones, nacimientos; y después en patrias, sedes, reinos, monumentos... Quienes no pueden negar que éstos han nacido, que también crean que han muerto; quienes confiesan que han muerto, ¡que no piensen que son dioses!

13. *Características requeridas para ser elevado a la dignidad divina*

1. Mas con signos manifiestos les asistió su fuerza. Algunos no pueden afirmar su divinidad desde el principio, y afirman que han sido hechos dioses después de la muerte, como dice Varrón y los que con él soñaron despiertos¹⁴⁸.
2. Por tanto, declaro lo siguiente: si vuestros dioses han sido elegidos para este nombre y autoridad, como si entrasen en el orden de los senadores, es necesario que admitáis que debe de haber uno superior con autoridad, que tenga la potestad de elegir, y sea como una especie de emperador; pues nadie puede conceder a otros aquello sobre lo que él mismo

no tenga potestad. 3. Además, si pudieron hacerse dioses a sí mismos después de la muerte, ¿por qué quisieron ser de una condición menos digna al principio? 4. Y si no hay nadie que haga a los dioses, ¿cómo se dice que llegan a serlo los que no podrían serlo sin la intervención de otro? Así pues, no tenéis modo de negar que hay un cierto garante que otorga la divinidad.

5. Veamos, pues, las causas de que los mortales sean elevados al cielo. Aduciréis, me parece, estas dos. 6. O bien aquel mismo, cualquiera que sea quien lo concede, confiere a placer los atributos, honores o adornos de su grado, o bien por la necesidad de los méritos lo otorga a aquellos que son dignos. 7. No se nos permite sospechar otra cosa: todo el que da algo a alguien lo hace o por causa propia o por causa del otro. 8. Pero no puede corresponder a la divinidad, aunque sea tanto su poder, el hecho de sacar dioses de los muertos, y si muestra tanta humanidad, porque necesita las obras o incluso la aprobación de algunos, y especialmente cuando están muertos, ¿qué habría de extraño en que pudiese investirse a otros con la dignidad de inmortales desde el principio? 9. Mas no debe seguir preguntándose acerca de estas cosas¹⁴⁹ quien compara las cosas humanas a las divinas. Y ahora debe discutirse la opinión, que es posterior, de si es dios por el recuerdo de los méritos.

10. Si admitió el cielo a los primeros hombres por sus méritos, resulta extraño que después ninguno haya sido digno de este honor. A no ser que en aquel lugar no quepan ya más: ¡con cuánto mérito se ganó la antigüedad el cielo! 11. Así pues, veamos si, en efecto, lo mereció. Proponga sus méritos quien diga que lo mereció. 12. Si los méritos de cuna sirven para respaldar la divinidad, recibís a los manchados por incesto, como a los hermanos Saturno y

Ops. 13. Vuestro Júpiter fue un niño furtivo, indigno del techo y del pecho humanos: con razón tuvo éste tan mala nodriza en Creta¹⁵⁰. 14. Una vez crecido, destronó a su padre, quienquiera que fuese, rey felicísimo, es decir, del siglo de oro, bajo el cual reinaba una paz debida a la ausencia del esfuerzo, bajo el cual

«ningún colono sometía las tierras a cultivo;
y esta misma tierra daba de todo sin que nadie se lo pidiera»¹⁵¹.

15. Pero odió a su padre incestuoso y castrador de su abuelo. Y, sin embargo, he aquí que él mismo se unió a su hermana, de modo que pienso que es a él a quien por primera vez se refiere el dicho: de tal palo, tal astilla¹⁵², pues el hijo fue ¡tan respetuoso¹⁵³ de las tradiciones como el padre! 16. Pues si ya se regían por leyes, ¿era necesario dividir a Júpiter en dos sacos¹⁵⁴? Después de esto ¿por qué se había de dudar de que la lascivia se ratificaría, por el incesto, en otras cosas menores, es decir, que se difundirían los adulterios y estupros? 17. Con esto se divirtió

la poesía, como cuando se escribió públicamente acerca de su huida y se solían vender sus proezas para satisfacer la curiosidad de otros: 18. unas veces figurádoselo¹⁵⁵ en la tasación de la lujuria, puesto que pensó en un toro¹⁵⁶ o en su precio, o como lluvia de oro que se cuela por las grutas¹⁵⁷, esto es, el dinero que le abrió el paso¹⁵⁸; otras veces representándolo con la apariencia de sus propias acciones: como un águila¹⁵⁹ que rapta, o como un cisne¹⁶⁰ que canta.

19. ¿Acaso no tratan estas obras poéticas acerca de las fealdades más molestas y de las más ignominiosas infamias?¹⁶¹ ¿O es que después de esto no son más lascivos los pensamientos y las costumbres de los hombres? Pero aquí no debemos tratar más en extenso cómo los demonios, descendencia salida de los ángeles malos, han intentado ya desde el principio apartar a estos hombres de la fe por medio de la incredulidad y de semejantes fábulas. 20. Si, por un lado, la gente de pro no era de la misma naturaleza que sus reyes, príncipes y procreadores, por otro la autoridad exigía similitud de costumbres. ¿Pues cuál de aquellos no es mejor cuanto peor sea? Con título privado lo llamáis Júpi-

ter Óptimo entre el vulgo, y este es el Júpiter Justo¹⁶² de Virgilio. 21. Todos son, por tanto, incestuosos entre los suyos, impúdicos entre los extraños, impíos e injustos. ¡Aquel a quien la historia no ha atribuido ninguna infamia ilustre no ha sido digno de convertirse en dios!

14. *Historia de Hércules*

1. Pero, por otra parte, puesto que quieren que algunos, de precedente condición humana, sean recibidos en la divinidad, y que se distinga entre los nacidos y los advenedizos, según Dionisio el estoico, trataré ahora de esta última clase. 2. Sobre el mismo Hércules es más evidente la cuestión de si era digno del cielo y de la divinidad. Así pues, conforme a los méritos se le concede la divinidad. 3. Ahora bien, si es por el valor, pues venció constantemente a las fieras, ¿por qué es tan memorable? ¿Acaso los condenados al circo, o los que se dedican a la vil profesión de la arena, no matan también a muchas bestias en un momento y eso que a veces son bestias mucho más peligrosas? 4. Si es por haber recorrido el orbe ¿a cuántos ricos se les concedió el dulce placer de viajar o a cuántos filósofos la servil pobreza? ¿No se acuerdan de que Asclepiades el cínico, cuya única vaca lo llevaba a cuevas y alguna vez lo amamantaba, inspeccionó todo el orbe con sus propios ojos? 5. Si Hércules bajó también a los infiernos, ¿quién no sabe que el camino a los infiernos está abierto a todo el mundo? 6. ¡Si habéis divinizado a éste por sus muchas matanzas y peleas, en mayor número las tuvo Pompeyo¹⁶³,

vencedor de los piratas del mar, que ni siquiera habían dejado salva Ostia¹⁶⁴! Y ¿cuántos miles –te pregunto– fueron exterminados por Escipión¹⁶⁵ en Birsa de Cartago¹⁶⁶? ¿Con cuánta mayor razón se merece la divinidad por las matanzas Escipión que Hércules?

7. Añadid todavía a los títulos de Hércules los estupro de doncellas y esposas, y las vestiduras de Ónfale¹⁶⁷ y el hecho de que abandonase la compañía de los argonautas, por la pérdida de aquel hermoso joven¹⁶⁸. 8. Añadid a la gloria, después de aquella torpeza, también sus ataques de locura; ¡adorad las flechas que mataron a sus hijos y a su mujer! 9. Aquel que se habría considerado digno de la hoguera por el arrepentimiento de los parricidios; aquel que asediado por el veneno de su mujer, a causa de su lascivia, más mereció esto que morir de honesta muerte... a éste vosotros lo habéis elevado de la pira al cielo, con esa facilidad con la que a otro lo habéis entregado al fuego, aunque sea divino. Se decía que éste, tras unos pocos experimentos, había devuelto los muertos a la vida¹⁶⁹. 10. Éste, aunque era hijo de Apolo, era tan hombre como nieto de Júpiter y biznieto de Saturno (a no ser que se le deba considerar espu-

rio por ser de padre incierto, como deduce el argivo Sócrates¹⁷⁰); éste, expuesto al nacer, fue encontrado y alimentado de un modo más indecente que Júpiter, es decir, por una perra, y nadie puede negar que fue un hombre, y [también a éste] lo mató un rayo. 11. ¡El mal Júpiter Óptimo está aquí de nuevo, impío con su nieto, envidioso de uno tan hábil! 12. Pero Píndaro¹⁷¹ no ocultó su mérito, pues canta su libidine y su reputada avaricia de ganancias, por la cual aquél llevaba los vivos a la muerte, no los muertos de nuevo a la vida, con el engaño de una medicina muy cara. 13. Se dice también que su madre murió en el mismo momento de su nacimiento¹⁷², pues con razón dio a luz una bestia, y que subió al cielo por las mismas escaleras¹⁷³. 14. Y sin embargo, los atenienses saben sacrificar de este modo a los dioses, pues dan culto a Esculapio y a su madre entre los muertos. ¡Como si no adorasen estos mismos a su Teseo¹⁷⁴, tenido igualmente como dios! ¿Y qué si abandonó a su protectora¹⁷⁵ en un litoral extraño, con el mismo olvido, incluso locura, que fue causa de la muerte de su padre¹⁷⁶?

15. Los romanos han puesto dioses a todas las necesidades de la vida y a todos los lugares que quieren proteger

1. Sería muy largo dar cuenta también de aquellos a los que sepelísteis en las estrellas¹⁷⁷ y audazmente consideráis como dioses. Así, pienso, son dignos del cielo los Cástore¹⁷⁸, Perseo¹⁷⁹ y Erígona¹⁸⁰, como también Júpiter¹⁸¹ en su madurez. ¿De qué os sorprendéis? ¡También habéis transferido a los cielos perros, escorpiones y cangrejos¹⁸²!

2. Aplazo ahora la exposición sobre aquellos que adoráis en vuestros oráculos, y aquí también es divino el testimonio. Pues queréis que sean dioses los árbitros de la tristeza: que sea Viduo el que hace viuda¹⁸³ el alma con respecto al cuerpo, a quien condenasteis no permitiéndole quedar encerrado entre sus muros¹⁸⁴; también Céculo¹⁸⁵, quien priva de vida a los ojos; incluso Orbana, que extin-

que las semillas en la infecundidad¹⁸⁶ y es diosa de la misma muerte.

3. Pasando por alto lo demás, también consideráis dioses incluso los lugares de importancia de la ciudad: de los arcos el padre Jano¹⁸⁷ (Diana es también la diosa de los arcos¹⁸⁸), y Montinum de las siete colinas¹⁸⁹. 4. Atribuyen a los mismos genios aquellos lugares en los que tienen los altares o templos, además de otros que habitan en lugar ajeno o alquilado. 5. No digo nada de Ascenso, por las subidas, ni de Clivícola, por las cuestas; nada digo de los dioses Fórculo, por las puertas, y Cardea, por los quicios, y Limentino, de los umbrales, o aquellos otros de los númenes porteros, que adoráis vosotros entre sus vecinos¹⁹⁰. 6. ¿Qué hay de extraordinario, puesto que tienen sus númenes en los lupanares, en las cocinas e incluso en la cárcel?

7. Todas estas cosas son propias de estos y otros dioses de los romanos, entre los que se distribuyen las necesidades de toda la vida, de tal manera que no hay necesidad de los otros dioses, especialmente dado que se reconocen [como dioses] privadamente entre los romanos los que antes hemos señalado, y no son fácilmente conocidos fuera. Entonces ¿cómo es posible que todas esas cosas, al frente de las cuales quisieron ponerles, lleguen a todo el género humano y a toda nación, donde no sólo está ausente su honor entre los gobernantes, sino incluso la noticia de su existencia?

16. Han sido tenidos por dioses los que idearon medios para el sustento... pero no todos

1. Pero algunos descubrieron frutos y cosas necesarios para el sustento¹⁹¹. Os pregunto ahora, cuando decís que los habéis encontrado ¿acaso no estáis confesando también que existían antes de que se los encontrara? 2. ¿Por qué entonces no honráis más bien al autor, de quien son estos dones, y transferís los méritos del autor a los que los encontraron? 3. Antes de que los encontrase, quizá dio gracias a su autor, quizá lo sintió como Dios, a quien pertenece la capacidad de crear, por quien fue creado no sólo aquel que lo encontró, sino también el fruto que debía ser encontrado. 4. El higo verde africano ninguno lo conocía en Roma hasta que Catón lo llevó al senado con el fin de hacer entender qué cerca estaba la provincia enemiga, cuyo sometimiento pedía continuamente. 5. Cneo Pompeyo fue el primero que popularizó en Italia el cerezo del Ponto. ¡Deberían haber merecido el trato de divinidades también aquellos entre los romanos que encontraron nuevos frutos!

6. Esto sería tan vano como tener como dioses a los que inventaron las artes. Si se compara a éstos con los artesanos de nuestro tiempo, ¡cuánto más dignamente correspondería la consagración a los últimos que a los primeros! 7. Mentiría si dijera que la antigüedad no ha madurado en todas sus manifestaciones artísticas, puesto que el uso cotidiano introdujo la novedad en todas partes. Y por eso, en realidad, a los que divinizáis por sus artes, los agraviáis con sus mismas artes y los comparáis con sus imitadores que aún no han sido superados.

17. Los dioses tienen que ver con el imperio y mando de las naciones

1. Por último, sin negar todos los tutores de vuestra religión, ni aquellos dioses que quiso la antigüedad, y en los que la posteridad creyó, 2. a nosotros nos queda aún una prevención enorme hacia las supersticiones romanas, por la cual tenemos que oponernos a vosotros, paganos. Los romanos fueron señores y árbitros de todo el orbe, porque merecieron dominar los elementos de las religiones de tal modo que poco faltó para que prevaleciesen incluso sobre los propios dioses.

3. ¡No hay que admirarse si Estiércol, Mutuno y Laurentina guiaron a este imperio, a este pueblo destinado por sus dioses a la dominación¹⁹²! 4. Pues no pienso que los dioses extranjeros favorecerían más a un pueblo extraño que al suyo propio, convirtiéndose en desertores y destructores, incluso traidores del suelo patrio en el que nacieron, crecieron, vivieron y fueron sepultados¹⁹³. 5. ¡Así ni siquiera Júpiter habría dejado a las tropas romanas invadir Creta¹⁹⁴, olvidándose de aquella cueva en el Ida y de los aires de los Coribantes¹⁹⁵ y del suavísimo aroma de su nodriza! ¿Acaso no habría antepuesto su sepulcro¹⁹⁶ a todo el Capitolio, de modo que reinase sobre aquella tierra que cubre las cenizas

de Júpiter? 6. ¿Habría consentido Juno que su ciudad querida, después de abandonar Samos¹⁹⁷, fuese incendiada y además con el fuego de los hombres de Eneas? Que yo sepa:

«...aquí estaban sus armas, aquí su carro,
y que reinase sobre todos los pueblos,
si lo permitía el destino,
ya entonces la diosa lo pretendía y meditaba¹⁹⁸».

7. ¡La pobre no pudo nada contra el destino¹⁹⁹! Y, sin embargo, los romanos no otorgaron tanto honor al destino, que les concedió la rendición de Cartago, como a Larentina.

8. Pero estos dioses no tienen la potestad de conceder el reino. Si reinó Júpiter en Creta, Saturno en Italia e Isis en Egipto, como hombres reinaron y a ellos se les atribuyen la mayor parte de las acciones. 9. Así, [si hay] quien sirve [hay también un] señor, y quien se ha sometido al imperio de Admeto²⁰⁰ aumenta el poder de los ciudadanos romanos²⁰¹, mientras a su fiel servidor Creso²⁰², engañándolo

con oráculos ambiguos, lo aniquiló. ¿Acaso temía vuestro dios anunciar firmemente que iba a perder el reino?

10. ¿Por otra parte, con su potestad de reinar, alguna vez habrían podido proteger a las otras ciudades como a las suyas! Si pudieron superar a los romanos ¿por qué Minerva no defendió Atenas de Jerjes, o Apolo no arrebató Delos de la mano de Pirro?

11. ¿Que protejan la ciudad de Roma los que perdieron las suyas, si es que la religiosidad romana mereció esto! ¿O es que se buscó la superstición después de obtener [Roma] el sumo mando, una vez que prosperaron las cosas? 12. Aunque Numa²⁰³ introdujo los ritos sagrados, sin embargo las acciones divinas no engañaban todavía vuestros ritos sea con las estatuas sea en los templos. 13. Era una religión sobria y una superstición humilde; los altares [eran] sencillos, los vasos, comunes y en ambos un sutil olor a alimentos cocinados, pero el dios en persona no estaba allí. Por tanto, no fueron antes hombres religiosos que padres de la patria, ni fueron padres de la patria por ser religiosos.

14. Pues, ¿cómo os puede parecer que se ha dado el imperio a los romanos por su elevada religiosidad y profundísima reverencia de los dioses, 15. cuando más bien lo han obtenido ofendiendo a las divinidades? Si no me equivoco, todo reino o imperio se consigue con guerras y con guerras se amplía. Es más, incluso los dioses de la ciudad son ofendidos por los vencedores. Pues se obran las mismas destrucciones en murallas que en templos, las mismas matanzas de ciudadanos y de sacerdotes, se hacen los mismos

botines de cosas profanas que sagradas. 16. Hay tantos sacrilegios de los romanos cuantos trofeos, tantos triunfos con respecto a los dioses, como respecto a los pueblos. Quedan prisioneras las estatuas, y si es que pueden ver a sus vencedores, no los aman ciertamente. Pero como nada sienten, se las maltrata impunemente, y puesto que se las maltrata impunemente, también se adoran en vano. 17. Así pues, el poder [de los romanos] llegó con las victorias, y no debe parecer que han crecido por méritos de religiosidad, pues crecieron como agresores de la religión, o creciendo la maltrataron.

18. Todos los pueblos tuvieron a su tiempo un imperio, como los asirios, los medos, los persas, los egipcios; algunos todavía lo tienen, y sin embargo quienes lo perdieron no vivían sin religiones, ni culto ni propiciaciones de los dioses, hasta que ante los romanos cedió casi todo su dominio. 19. La fortuna, con el paso del tiempo, revocó así los imperios. Preguntaos, pues, quién ordenó la sucesión de los tiempos: Él es quien dispensa los reinos, y ahora ha puesto en manos de los romanos la más alta potencia, pues es como si hubiera reunido en un arca el dinero recaudado a muchos pueblos. ¡Lo que haga con ella, lo saben los que están cerca de Dios²⁰⁴!